

La epopeya de Liso

I.

Algunos podrán dudar de los méritos de Liso, atribuyendo su epopeya más a la casualidad de hallar al temible cítrico en las inmediaciones de la zanja. Pero nadie puede poner en duda la inmensa cautela con la que se manejó, consiguiendo atrapar al temible fruto con vida.

-¡Maldita noche de juerga! –exclamó al notar que había dejado su arma enterrada en aquella masa rojiza y constipante. Sin embargo el olvido no le impidió alcanzar su objetivo, culminando con la memorable captura. No sabía en aquel momento que su acto heroico pondría en poco tiempo en jaque a la monarquía de Momo.

II

Llegó la hora de la cena. Toda la comitiva de Liso observaba el banquete con deseo de que el mono no tuviera apetito para alimentarse con sus sobras. Llegada la hora de los postres, la piedad se apoderó de él. Así fue que decidió darle otra oportunidad al cítrico. Agradecido éste, al ser abandonado en el refrigerador, se abstuvo de realizar cualquier tipo de desorden, manteniéndose alejado inclusive de las cervezas.

III

Se comentó por toda la comarca la nueva noticia: Liso tenía un nuevo discípulo, y esta vez no se trataba de un animal, sino de una fruta. Algunos se lamentaron del destino del pobre cítrico, en manos del riguroso maestro. Pasó el tiempo y los rumores crecían, hasta que para terminar con ellos, Liso decidió presentar en sociedad a su nuevo alumno. En ocasiones el fruto era presentado caminando por las calles. Pero lo que más preocupaba a Momo era haber visto en varias oportunidades que el cítrico debía ser contenido por una jaula. Tal vez ese

temor fue lo que provocó que Momo, influenciado por su esposa, ordenara la invasión de la casa de Liso y el posterior secuestro del fruto.

IV

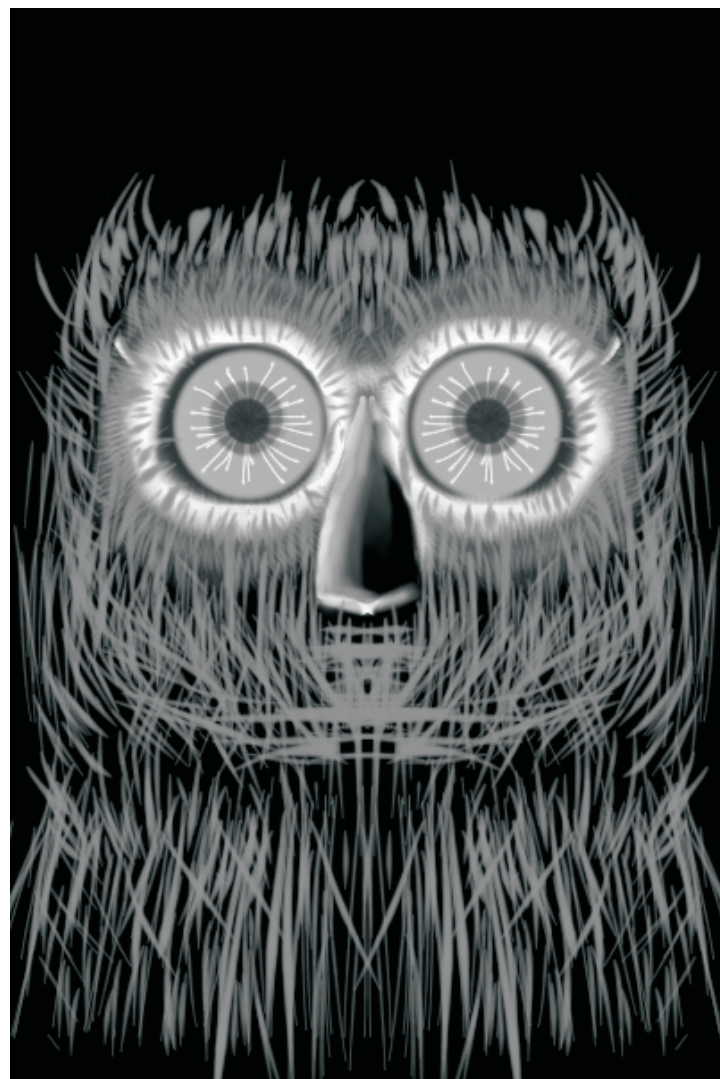
La defensa de Momo no hizo más que enfurecer a Liso. En éste punto pudo verse la debilidad de un Rey que distraído por la juerga y las superficialidades desatendió el aparato de inteligencia que sus antecesores se preocuparon en armar cuidadosamente. Los titulares de los diarios fueron salvajes: “Nueva embestida de Momo: ahora acusa de secuestro a un importante dirigente de la oposición”. Bonete, un político casi desconocido hasta el momento, supo aprovechar el error de Momo, apareciendo por los medios junto a Liso, solidarizándose con la víctima e indicando que él sabía de buena fuente que la naranja se encontraba en el palacio, mas precisamente detrás del trono.

V

El pueblo sublevado consigue sortear la guardia de palacio sin demasiado esfuerzo. Es que el clima de crispación reinante hizo reflexionar a los militares, quienes decidieron dar un gesto de apoyo a los futuros gobernantes.

La reina desesperada intenta esconder al cítrico en una sopera sin saber que ésta se encontraba llena de tapioca, dando a esta revolución un símbolo: la naranja loca. Varias estatuas ecuestres de Bonete “el Grande” (como fue llamado el nuevo Rey) cuentan a los pies del caballo con la naranja envuelta en un pequeño chaleco de fuerza. También suele agregarse a Liso en posición de combate, pero lo cierto es que sumido en la tristeza, Liso jamás peleó en las muchas batallas con las que Bonete amplió su imperio.

Mariano QUINTERO



Búho-Miguel FLORIO

Cuatro pekineses ciegos

Sólo este lagarto impecablemente trajeado se podía encontrar con un paseador de canes que arrastre a cuatro perritos tambaleantes, feos como dragones, sus grises ojos bolitas de vidrio salientes. Mal augurio, dije, justo que me presento a un trabajo; no quería ni mirar pero vi que a uno le colgaba la lengua muerta y otro segregaba un líquido espeso de los belfos. Caray Garay, pensé para mis adentros y tuve que cruzar de vereda, porque esos animalejos de borroso color té con leche se chocaban contra todo. Perro de vieja, maldije, y me asaltó la imagen de una lengüita rosada lamiendo y lamiendo la gran almeja mustia de una señora despatarrada que se regodeaba con algún galán de TV saboreando empalagoso chocolate blanco... Más tarde que temprano realicé un parangón con aquellos pekineses y no una coincidencia morfológica, porque más tarde que temprano era yo mismo quien se sentía como una rata acorralada por un gato hambriento; tanto fue así,

la sensación, que por instinto abrí la boca para mostrar mis desparejos dientes nunca corregidos por el prolongado uso de ortodoncia, y aunque la verdad no dejara de ser una afectación pasmada en sonrisa, operó en mí de manera tranquilizadora, aliviadora, admito. Del mismísimo estómago me subió un “gracias” algo estentóreo y, dando media vuelta sobre mi arrugado cuerpo batrácico, recién ahí, en ese instante, al salir a la calle repuse mi absoluta vulgaridad de anfibio al sol en un mediodía capitalino. La sumatoria de rechazos no te va a matar, murmuré aflojando el nudo tirante de la corbata, hay que comer, hice memoria y tragué saliva vaya a saber con qué jeta, y una anciana blanca y rellena que caminaba en dirección contraria me clavó sus ojitos vivarachos como si al pasar le hubiese tocado un pecho.

Sergio Fombona

Genaro

Daría mentiras si no nombrara a Genaro, con su dulce sonrisa, sus gustos polifacéticos, sus entonaciones tenues, todo un ganador. Si cuando llegaba Paula sus palabras eran gotas deslizándose por las hojas al caer la lluvia. Siempre apuesto y atento a cualquier llamado, a cualquier súplica. Las botas, el cabello, los platos, los impuestos; nada se escapaba de sus manos, y el viento temía cada vez que soplab a su lado, no vaya a ser cosa que...

Pero cuando se reía, eso sí que era un espectáculo, verlo con sus dientes saltones, los ojos como cataratas, las mejillas se juntaban con los párpados, y sudaba, seguramente por el cambio hormonal de la alegría.

Ése era Genaro, que junto a su hija Paula, cantaban día a día, acercándose a la muerte. Hasta que llegó el día. Mucho viento, nieve, las calles desoladas, el transporte varado, los sueños entorpecidos. La marea asustaba.

Al otro día, el sol se abría paso, nadie entendía nada, nadie preguntó nada. Y continuó silbando y cantando, solo Genaro, como siempre había estado.

Jorge RIVADENEIRA

Siete pequeños apólogos (I)

- Germán García toma un café en un boliche de Palermo. Discute con amigos la pertinencia de pensar a Fidel Pintos como coautor, como negro literario, de los escritos de Jacques Lacan. Desestima la hipótesis, pero señala que no faltan coincidencias estilísticas. De otra mesa, unos muchachones le tiran un terrón de azúcar que pega contra la taza de Germán. Germán se da cuenta de que se trata de una provocación: mira la mesa de los otros y descubre un ejemplar de *El anatomista*. Picado, se planta frente a la turba de lectores (tres) de Andahazi y les pregunta qué les pasa. Por toda respuesta, lo retan a duelo. Germán vacila. Un hombre que lee *Odradek* en la mesa del fondo baja la revista y desliza por el piso una daga. Germán toma el cuchillo que acaso no sabrá manejar y sale a Serrano.
- María Martha Gigena visita una biblioteca pública a la busca del único ejemplar autografiado de una autobiografía de los autómatas de Căpek. La encargada le señala, no sin cierta perplejidad, una sección del segundo piso de la biblioteca. La bibliotecaria, que algo ausente tiene en la mirada, encierra a nuestra heroína en la sección “autobiografías”. La oscuridad, la humedad, el dolor de espalda, atormentan a María Martha hasta que descubre en un estante unos números de *Odradek*. Feliz, sabe que va a salir adelante. Quema uno por uno todos los ejemplares y así calienta el ambiente, detiene a la bibliotecaria asesina y quema la biblioteca por completo. Los bomberos la rescatan de entre las cenizas con un libro de Roberto Gómez Bolaños en la mano.
- Mariano Quintero descubre en su laboratorio la fórmula que alguna vez descubriera el doctor Jekyll. La toma y se transforma en un hombre serio y preocupado por los temas importantes de la humanidad. Escribe textos en *Odradek* que firma como “Ezequiel De Rosso”. Cada tanto vuelve a ser el anarquista Quintero. En esos momentos trabaja desesperadamente para encontrar un antídoto al elixir que lo transforma en un hombre aburrido y descubre que la solución está en la magia: vuelve a la casa con su familia, organiza una fiesta, convoca los espíritus de Porcel y Olmedo. Nunca sabremos cuál de esos tres procedimientos fue exitoso, pero Quintero vuelve a ser el mismo quilombero de siempre.
- Nora Martínez despierta en un mundo acuoso, sórdido en su suavidad. Camina y camina y el mundo no se acaba nunca. Exhausta, quiere sacarse los zapatos y descansar. Se encuentra con una criatura que se asemeja a un carrito de hilo, chato y en forma de estrella. En medio de la estrella emerge un travesañito, y sobre éste, en ángulo recto, se inserta otro. Con ayuda de esta última barrita, de un lado, y de uno de los rayos de la estrella del otro, el conjunto puede erguirse sobre dos patas. Un poco preocupada (al fin y al cabo, Nora es una madre de familia) nuestra heroína intenta sacarse los zapatos en presencia del bicho. Lo logra, toma la criatura y enrolla a su alrededor un hilo que encuentra en el fondo de uno de los zapatos y hace con la criatura un yoyó que, cuando logre salir de ese mundo paralelo, seguro hará las delicias de su hija.

Ezequiel De ROSSO

Casa tomada por zombis

Julio Cortázar

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua, guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa.

La casa era muy grande; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la pared antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro?

Asentí.

-Entonces -dijo recogiendo las agujas- tendremos que vivir en este lado.

Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene pensó en una botella de Hesperidina.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

Nos acostumbramos. Entre tanto, se sucedieron los días.

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño. Irene vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

-Han tomado esta parte -dijo Irene.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada por zombis.

Versión zombi de Roberto GÁRRIZ

Un viaje solitario

A René Daumal

En la primera ciudad no había nada, ni en la segunda, ni en la tercera. Hasta que encontró esos hombres armados que preguntaron: ¿cuánto hace que ha muerto? No respondió, no sabía que estaba muerto. Eran buscadores de ciudades y hasta ese momento la expedición había sido inútil.

La búsqueda de ciudades le gustaba, pero una lo había turbado. ¿Para qué buscar si no se conoce el tiempo de una vida? Solo, caminó varias noches hasta dar con una piedra que a cierta hora producía una luz en la niebla; una luz extendida sobre el valle. Con esa luz podía ver otras ciudades, ciudades donde quizá la expedición no llegase nunca.

Pensó, en primer lugar, mostrar la piedra a los otros. Luego decidió por el silencio, ya que esos habían perturbado su soledad. Inmóvil, pasaba el día esperando la noche.

La expedición descubrió algunas ciudades, estudió poblaciones de pueblos remotos, y vivió con emoción costumbres singulares.

Los otros un día ensayaron un combate según las leyes de guerra que acaban de descubrir; un juego tan perfecto que algunos murieron, poseídos por el espíritu de la guerra.

La ciudad que vio esa noche era amurallada, se divisaban cuerpos desnudos atados en forma de cruz, y hombres armados con lanzas. Otros que caminaban entre llamas que sobrepasaban las murallas.

Llegó a saber que esa luz que le permitía ver ciudades nada le decía de su origen, ni del origen de su viaje. Su propia existencia era un jeroglífico olvidado.

Germán GARCÍA

Año IV - Septiembre 2010 - Número 50

Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar

blog: www.odradek-odradek.blogspot.com

correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*

- *Odradek- dice él.*

- *¿Y dónde vives?*

- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Siguiente

Y sigue el tren con ese tintineo tan medido, maquinal. Sigue su camino por la ciudad. Ya quisieran muchos de sus pasajeros atravesar praderas vírgenes en lugar de ir hollando los suburbios del sopor. Olvidar por un momento el escándalo de estímulos que hacen cola en las ventanillas para ser atendidos por los dueños de todos esos ojos tan iguales a sí mismos como las horas de cualquier insomnio. Colmenas incalculables a ambos lados del vidrio.

Sin embargo hay quienes pasean por los vagones alardeando de un equilibrio bamboleante, como si tuvieran que transportar un bucle invisible adentro del cuerpo, y eso los hace parecer tan aptos que uno se siente tentado de aplaudirlos.

Por el mismo pasillo, una mujer. Pertenece a una era que ha quedado atrás hace mucho tiempo, y que dejó de ser escala obligada del viaje. Tal vez, aunque sea muy difícil, algún día pase algo inesperado y ella pueda al fin, bajar. Se detiene dubitativa ante dos asientos. Uno está vacío. Los pensamientos se le bifurcan inútilmente buscando ínfimos beneficios, pero hay más que eso. Con un suspiro echa aliento a sus cristales y escucha con timidez una balada atípica.

A un costado, debajo de unos párpados abultados y enrojecidos, aparece una mirada que se dirige hacia ella. Al principio es una lava tibia que se extiende rozando el borde de su vestido. Luego es un torrente de inflamada severidad. Falsamente ofendida (aún cuando querría saltar) ella empequeñece su intención, la resguarda de cierta intolerancia y retoma su andar hacia el próximo coche.

Nora MARTÍNEZ

Amontonamiento

Perdón, perdón, disculpe, permiso.

Avanza como puede entre la multitud.

No es un día especial ni una ocasión especial. La vereda de la avenida hace años que es un hormiguero. Y no hay señalización, así que algunos van y otros vienen. Perdón, permiso, disculpe, permiso. Está solo pero habla todo el tiempo porque no quiere lastimar a nadie, porque empuja sin querer. Para colmo es invierno y la gente anda con dos, tres abrigos superpuestos y ocupa más espacio. En verano cabe una persona más a lo ancho pero por la fricción de la piel y la ropa (húmedas por la transpiración) tampoco es que se acelere el tránsito. Los más bajos se tienen que conformar abriendo sobacos con la frente para pasar, y hay que ser demasiado alto como para no respirar encima de otras narices o de los pelos de los demás. Los niños y los enanos, cuando saben esquivar pantorrillas y muslos, llevan ventaja porque en ese primer metro siempre hay más espacio.

Algunos, más osados y atléticos, caminan por sobre la muchedumbre armando como una segunda franja de gente. Si encuentran unos hombros fuertes capaz que se quedan ahí parados, esperando que el de abajo avance y los lleve. Pero los que van al ras del suelo se avivan enseguida y mueven la espalda, se los sacuden de encima y entonces el del nivel superior no

Los más bajos se tienen que conformar abriendo sobacos con la frente para pasar, y hay que ser demasiado alto como para no respirar encima de otras narices o de los pelos de los demás. Los niños y los enanos, cuando saben esquivar pantorrillas y muslos, llevan ventaja porque en ese primer metro siempre hay más espacio.

puede más que buscar otro hombro o una cabeza para hacer pie y continuar avanzando. Lo bueno es que a esa altura circula menos gente y la vista es mejor, por eso en los balcones de los primeros pisos ya se abrieron kioscos, tiendas y bares. Son esos, los de arriba, los únicos que venden algo porque en la planta baja es imposible detenerse a nada: si en el amontonamiento se pierde una zapatilla, mala suerte.

Entre permiso y disculpe el tipo levanta la cabeza y ve que en el segundo piso de un departamento están colocando un cartel porque van a abrir un negocio de venta de tornillos aunque todavía por allí -por lo que más adelante seguramente será un tercer estrato de cuerpos- no circula nadie. Pensaba en la buena idea de ese vecino previsor cuando un pie talla 48 le pisó la cara, obligándolo a volver la vista al frente. Detrás suyo una señora embarazada grita “niiiiii nuuuuu niiii nuuuu” y, sin detener la marcha, él se pone de perfil para que lo pase sin problemas. La panza de la mujer le roza la mano y puede sentir claramente una patada del niño que está por nacer y que todavía no sabe (no debe) pedir permiso ni perdón.

Yanina BOUCHE